

***Ntra. Sra. del Rosario. Patrona de Cádiz. Sta. Y Apostólica I. Catedral
Renovación del Voto a la Virgen. Homilía. 7 octubre de 2017***

Queridos hermanos, Pueblo Santo de Dios; sacerdotes, cabildo, autoridades, hermandades:

En la celebración del Jubileo Diocesano en esta Santa y Apostólica Iglesia Catedral invocamos hoy a María, Nuestra Madre del Rosario, Patrona de Cádiz. Decimos como el ángel:

“María, has encontrado gracia ante Dios. El Espíritu Santo está en ti”, “eres la Madre del Hijo del Altísimo cuyo Reino no tiene fin” (cf. Lc 1, 26-38). Eres la Madre de Dios, nuestra Reina y Señora, pues, haciéndote la esclava del Señor, y escuchando su palabra, le has dejado actuar y el te ha engrandecido. Has venido hoy a nuestra catedral después de derramar tus gracias en todo Cádiz en novenas parroquiales, besamanos, procesiones, rosarios públicos por las calles, expresión de nuestra devoción y amor hacia ti, Virgen del Rosario. Gracias, Madre. Ayúdanos en este Año Santo a renovar nuestra fe”.

La fe de María, que es nuestra fe, es la fe de la Iglesia. En la escuela de María ha crecido y vive nuestra fe, como mostré en mi carta pastoral dirigida a los gaditanos en el mes de abril. Renovemos, pues con ella, nuestra experiencia cristiana contemplando a María, que es la Madre de la Iglesia. María es el Arca de la Nueva Alianza que acompaña siempre a sus hijos portando a Cristo en su seno. De modo similar el dogma mariano está en el centro del catolicismo: es el dogma "crítico", donde se esclarecen todas las posiciones, resume la doctrina de la cooperación humana a la Redención y ofrece la síntesis del dogma de la Iglesia. María es la figura ideal de la iglesia, el espejo en el que se refleja toda la Iglesia. La Virgen no reemplaza nunca a Cristo ni a la Iglesia, sino, por el contrario, es la garantía de la seriedad de la Encarnación y el testimonio del querer de Dios de asociar la criatura a la obra de la salvación. Por su fecundidad natural y sobrenatural, llega al mundo la Palabra de Dios. Es la condensación del poder y de la dignidad de las criaturas. Si dejamos que nos acompañe en la fe nos hará vivir esa síntesis de amor Dios y a los hermanos en nuestra comunidad.

De Maria, nunquam satis, reza el dicho popular. Quiere decir que no tengamos miedo a amar a la Virgen, pues nunca es suficiente y nunca nos estorba, mientras que cuando se pierde la atención a María la piedad cristiana desvía su orientación de Dios y de Cristo. Ella está en el corazón de la Iglesia —como nos lo hizo ver el Concilio Vaticano II— porque nos lleva al centro de la fe y del seguimiento de Cristo. ¡Vivamos con entusiasmo, con ella, nuestra fe en toda su profundidad espiritual y eclesial! Ella es la pedagoga del Evangelio para los hombres de hoy que nos conduce a la verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre

En este Año Santo Jubilar en que damos gracias por la Iglesia, que camina entre nosotros desde hace veinte siglos, María nos ayuda a descubrirla y amarla,

pues es figura, imagen y modelo de la Iglesia, que descubre en ella su rostro de Madre, evitando convertirla en mero instrumento de acción socio-política, organización, partido, grupo de presión, que son expresiones de machismo. Es imprescindible amar a María para comprender, no sólo el ser y el actuar de Cristo, sino qué es en realidad la Iglesia. Cuando en ella no hay lugar para María la fe se reduce a una abstracción, y una abstracción no tiene necesidad de madre. María fue llamada "enemiga de todas las herejías" (como se decía desde el Concilio de Éfeso en el año 431, después de proclamarla *Theotókos*), y sigue siendo el remedio eficaz para resolver la crisis de idea de la Iglesia, de la moral, de la mujer. Ella garantiza siempre —y hoy más aún— la esencia de la verdadera feminidad en el silencio fecundo y la colaboración heroica, en la virginidad y la maternidad, como ejemplo de obediencia y coraje. La verdadera devoción a la Virgen garantiza en la fe la unión de razón y sentimiento, cabeza y corazón.

María nos cimienta en el auténtico amor a Cristo, que queremos renovar en este Jubileo. María resume toda la fe de Israel, desde la obediencia de Abraham. Esta fe (cf. Heb 11) es un camino hacia Cristo y un ejemplo para los cristianos. En la fe perfecta de María, libre de las sombras del pecado original, llega a su plenitud la fe de Abraham, como un precioso fruto que sobrepasa las fuerzas del árbol. La *Mujer* del Apocalipsis es el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, que en la persona de María produce a su Salvador y llega a ser la Iglesia del Nuevo Testamento, porque la Mujer tiene nuevos hijos que "son los testigos de Jesús" (Ap 12,17).

Rezando el rosario rehacemos con ella a diario, en su fidelidad, el camino del cristiano que sigue a Jesús. Su "sí" es el acto esencial de toda su vida y encierra todo lo que Dios quiere hacer a través suyo y de su Hijo, hasta la Cruz. En ella se convierte en parte integrante, secreta pero indispensable, de la nueva creación. La Iglesia nace del costado abierto de Cristo en la Cruz, pero también en el momento donde el sí de la mujer a la entera voluntad de Dios se convierte en la fecundidad de la nueva Eva. En ella conocemos esta Iglesia "inmaculada" (Ef 5,27) que tiene su modelo en María. La cruz es el cumplimiento de la nupcialidad total entre el hombre y la mujer, entre el cielo y la tierra. Esta *nupcialidad* es el misterio más íntimo de la Iglesia, que encuentra en la Cruz su origen y cumplimiento, que supera todos los sacrificios antiguos, judío y paganos. En el doloroso y supremo sacrificio del que nace la Iglesia, María aporta silenciosamente el sí de la Madre. El Espíritu en Pentecostés desciende sobre los apóstoles que están con María, que representa y resume a la Iglesia que recogía al pie de la Cruz en su copa la sangre que manaba del costado del Señor. Así, pues, en lo más profundo de esta feminidad de la Iglesia se encuentran el Misterio de la Eucaristía y el poder de atar y desatar los pecados.

En la Misa celebramos el único y perfecto sacrificio que nos debe hacer disponibles para ofrecernos nosotros mismos en sacrificio, como Cristo. Su actividad se convierte en la pasividad del dolor que se entrega. Cristo pone su sacrificio en manos de la Iglesia para que le ofrezca lo mejor. Así coopera con El en lo más grande y elevado convirtiéndose en su arquetipo. Pero la Iglesia tiene como arquetipo a la mujer, que se condensa en María, que forma de Cristo un nuevo pueblo, una

comunidad de "santos", que hace la ofrenda, una vez purificados por la confesión de los pecados y la absolución.

“La mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas” del Apocalipsis (11, 19ss) es Reina y Señora de todo lo creado por ser asunta al cielo con Cristo, Reina del Universo, vencedor del pecado y de la muerte. (cf LG 59; CEC 966). Y ella es Reina universal (RM 41). Es la Madre del Rey asociada a la redención como nueva Eva junto al nuevo Adán, Cristo, que vence al pecado y la muerte y recapitula en si todas las cosas. María nos enseña que reinar es servir. La esclava del Señor, es la discípula de Cristo que le sirve en su misión. Su servicio equivale a reinar. Hemos de preguntarnos, por tanto, como es nuestra entrega, si hemos aprendido a servir como ella, a amar, a morir; si estamos, como ella, junto al Señor, haciendo su voluntad, compartiendo su entrega. ¿María es propiamente nuestra Reina? ¿rige nuestra vida? Ciertamente es la reina particular de nuestra propia vida si dejamos que nos gobierne, si estamos en manos del Señor. Ella ha de enseñarnos a vivir sirviendo hasta dar la vida por amor.

María obtiene cuanto pide, pues es omnipotencia suplicante, *Omnipotentia Suplex*, y su Rosario, arma poderosa en tantas batallas de la vida, nos enseña a hacer memoria de Cristo y de su Madre, al tiempo que nos hace intercesores permanentes a favor de las necesidades del mundo. Pidámosle hoy a la dispensadora de todas las gracias –como hemos hecho ya en la renovación del Voto de la Ciudad— por todos los gaditanos, en especial por lo que sufren o pasan necesidad, por las familias con dificultades, los excluidos, los emigrantes, los refugiados; también por los jóvenes y los niños; por los cristianos perseguidos en el mundo. Oremos especialmente por la unidad de España, nuestra Patria, que en la fe católica ha encontrado el más fuerte vínculo de unión, de cohesión y de identidad a lo largo de la historia. Que con el auxilio de Dios y la protección de María –siempre a nuestro lado en las dificultades— superemos los retos, entregando cada uno como cristianos lo mejor de nosotros mismos al servicio del bien común.

Desde que “el discípulo (Juan) la acepto en su casa” (Jn 19,27) ella ha quedado a nuestra disposición si nosotros la aceptamos acogéndola en nuestra propia casa –esto es, en nuestro afecto y en nuestro servicio fiel-- como hizo el Apóstol San Juan abrazándola como algo enteramente suyo. Aceptarla como nuestra quiere decir amarla como Madre, pero también servirla como a Señora, y escucharla y obedecerle como a Reina. Que ella sea nuestra es lo mismo que decir que nosotros seamos suyos; que nos pertenezca, pero que disponga de nosotros ayudándonos a renunciar a nosotros mismos y a ofrecer todo a Dios para que El actúe en nosotros ayudándonos a crecer con su intercesión, ejemplo y protección.

Con el Voto proclamado hemos renovado ante la Virgen del Rosario el amor y la fe que ha distinguido a la ciudad de Cádiz a lo largo de su historia. En este Año de Gracia, en esta Catedral, esta renovación se convierte para cada uno de nosotros en un fuerte compromiso. Que la Virgen del Rosario, victoriosa de tantas batallas, sea la galeona que siga surcando con cada uno de nosotros los mares de nuestra vida para que lleguemos sin temor al puerto de la salvación. Pongamos nuestras luchas en su

regazo maternal y que su tierno cuidado nos aliente para dejarnos llevar por la fuerza del Espíritu Santo a anunciar a Cristo, Nuestro Señor, de modo nuevo, valiente y vivo.

Nuestra Señora del Rosario, Ruega por nosotros. Amén.